

4 LA MISERICORDIA EN LA BIBLIA: UN HORIZONTE ILUMINADOR DE LA PRÁCTICA CRISTIANA.

Eduardo PÉREZ-COTAPOS, ss.cc.

Recibido el 12 de octubre de 2016. Aceptado el 06 de diciembre de 2016.

RESUMEN

Este artículo reproduce sin modificaciones la ponencia inaugural de la V Semana Teológica de Antofagasta. El autor comienza analizando someramente las dificultades de comprensión que plantea para el hombre actual el término “misericordia”. Luego se concentra en un análisis del tema de la misericordia en la Biblia, y lo hace estudiando los principales términos usados para hablar de ella. Presenta la imagen veterotestamentaria de un Dios fiel, lleno de ternura y compasión, que mantiene su fidelidad a pesar del pecado humano. Este es el Dios de la Alianza. En el NT el tema de la misericordia tiene un fuerte matiz cristológico: Jesús es la mejor manifestación del rostro misericordioso de Dios, que se conmueve frente a las multitudes desorientadas y los sufrientes. La Biblia presenta la misericordia principalmente como una acción de Dios, que hace posible una respuesta misericordiosa de parte del ser humano.

Palabras claves: Misericordia, compasión, alianza, Dios, Jesús.

MERCY IN THE BIBLE: AN ILLUMINATING HORIZON OF CHRISTIAN PRACTICE

ABSTRACT

This paper faithfully reproduces the main talk of Antofagasta V Theological Week. The author starts briefly analyzing the difficulties for man today to understand the term “mercy”. Then, he focuses on the analysis of this issue in the Bible, by studying the main terms used in it. He presents the Old Testament image of a faithful God, full of tenderness and compassion, who keeps his fidelity despite human sins. This is the God of Alliance. In

the NT, mercy has a strong Christological nuance: Jesus is the best manifestation of the merciful face of God, who moves in front of misled crowds and those suffering. The Bible presents mercy mainly as God's action, making possible a merciful response from human beings.

Key words: Mercy, compassion, alliance, God, Jesus.

1. Introducción

Mis primeras palabras quieren ser de agradecimiento a los organizadores de esta Vª Semana Teológica por invitarme a participar en ella, y por proponerme el tratamiento de un tema tan central en la experiencia bíblica y en la vida cristiana. El Papa Francisco ha tenido una gran lucidez teológica al proponer este tema como uno de los ejes de su pontificado, y al desafiar al conjunto de la Iglesia a trabajar con más hondura esta problemática en todos los niveles de la vida eclesial; incluida la vida académica.

2. La problemática del tema

Pero no se trata de un tema de fácil abordaje, ni es un asunto espontáneamente acogido con gusto por la mayoría. El tema de la misericordia tiene una faceta contracultural de la cual es conveniente ser bien conscientes. Es un tema muy hermoso, pero que necesita ser trabajado de modo cuidadoso y atento.

Me permito enumerar algunas dificultades que amenazan con distorsionar un correcto tratamiento del tema de la misericordia, dificultando su recta comprensión.

- Comencemos señalando que los términos «misericordia» y «compasión» para muchos suenan como un lenguaje marcado por un indeseable tono lastimero. No nos gusta «inspirar compasión» a otros, ni andar implorando «misericordia». Anhelamos valernos por nosotros mismos, ser merecedores de lo que necesitamos, sin hacer depender nuestra existencia de la compasiva misericordia de otros. En ocasiones la misma palabra «misericordia» hace aflorar la imagen de un poderoso y rico que se preocupa por un «pobrecito» desvalido. Algunos pueden soñar con ser esos poderosos que resuelven

las dificultades de otros; pero nadie quisiera estar situado en el lugar de los desvalidos.

- Otra dificultad es que con frecuencia el llamado a tener misericordia con alguien aparece como la invitación de un laxismo superficial, a un dejarlo pasar casi todo, debido a la fragilidad de la persona. La misericordia sería entendida algo así como quitar la vista de las dificultades reales en razón de la extrema fragilidad de la persona, olvidando las exigencias de la verdad y de la justicia. Estamos ante una distorsión muy peligrosa del nexo indisoluble entre caridad y verdad, tal como lo explicitó Benedicto XVI en la encíclica *Caritas in veritate*, del 29 junio 2009: “Sólo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad” (nº 4). En la misma línea, podemos afirmar que no es auténtica una misericordia que intente desconocer las exigencias de la justicia y de la verdad.
- Otro ámbito de dificultades para una recta comprensión de la misericordia es que con frecuencia se tiende a mirar como una actitud intimista y casi puramente sentimental; como algo que no conduciría a acciones concretas; salvo quizá a algunos gestos de conmiseración de índole asistencial. En contraste, se piensa que un lenguaje como el de la solidaridad y la empatía dan cuenta mucho mejor de lo que se pide al creyente de hoy. Hay quienes se preguntan si al plantear tan intensamente el tema de la misericordia no estaríamos corriendo el riesgo de encerrarnos en un lenguaje intimista y empobrecedor, que nos haga olvidar las dimensiones sociales del mensaje cristiano, y de paso dejar en sombra temas tan vitales como la solidaridad y la empatía. La advertencia es válida.

- Una cuarta dificultad que se plantea es la cuestión de ¿cómo compatibilizar el tema de la misericordia con las expresiones de descontento y de rebeldía de tantos; con la sensación de sentirse engañado y atropellado por las grandes instituciones; con la indignación de muchos frente a las injusticias? ¿De qué modo se puede articular el mensaje sobre la misericordia con el malestar social de tantos y la indignación de sentir atropellados los propios derechos, la propia dignidad personal? La cuestión es compleja y no fácil de responder, aunque sea claro que la misericordia va más allá de la justicia.¹

Podrían enumerarse más dimensiones, pero basta con estas. Me interesa que antes de entrar en el tema bíblico, seamos conscientes que el tema de la misericordia, siendo fundamental dentro del conjunto del mensaje cristiano, debe ser planteado de modo muy preciso, a fin evitar distorsiones que terminen ocultando su auténtico rostro. Igualmente, me parece necesario ser conscientes que la misericordia tiene un matiz contracultural, que no la hace fácil para nuestra mentalidad promedio: hoy las personas queremos construir nuestra vida personalmente, autónomamente, sin estar dependiendo de la “misericordia” de nadie.²

¹ “Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley. La justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que apelando solamente a ella se corre el riesgo de destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón. Esto no significa restarle valor a la justicia o hacerla superflua, al contrario. Quien se equivoca deberá expiar la pena. Solo que este no es el fin, sino el inicio de la conversión, porque se experimenta la ternura del perdón. Dios no rechaza la justicia. Él la engloba y la supera en un evento superior donde se experimenta el amor que está a la base de una verdadera justicia”. FRANCISCO *Misericordiae vultus*, 21.

² “La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de “misericordia” parecen producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado». JUAN PABLO II *Dives in misericordia*, 2.

3. El lenguaje bíblico de la misericordia

Habitualmente una buena puerta de acceso para tratar un tema teológico en la Biblia es prestar atención al vocabulario usado para hablar de él. Para referirse a la misericordia, el Antiguo Testamento emplea un lenguaje fluido combinando varios términos. Pero de modo especial se usan dos sustantivos hebreos de alta densidad teológica:

- רחמים / *râjamim* que en su sentido más directo significa las vísceras en un sentido amplio, y el seno materno en un sentido más restringido. Es usado para hablar de un vínculo que liga muy intensamente y de modo irrenunciable a las personas, tal como el vínculo que liga a la madre con sus hijos. En español usamos expresiones semejantes cuando hablamos de un “amor entrañable” o de un “odio visceral”. Se trata de un amor que no se fundamenta en el reconocimiento de los buenos comportamientos sino en el vínculo que liga a ambos; vínculo que permanece pese a los conflictos. Un par de ejemplos. El salmista canta: “Como un padre siente ternura (compasión/misericordia) por sus hijos, así el Señor siente ternura (compasión/misericordia) por sus fieles; él conoce de qué estamos hechos, y sabe que no somos más que polvo” (*Salmo 103,13-14*). El profeta Jeremías, en medio de la crisis nacional que condujo al pueblo de Israel al exilio en Babilonia, pone las palabras siguientes en boca de Dios: “¿Es para mí un hijo tan querido Efraín, o un niño tan mimado, que después de haberme dado tanto que hablar, tenga que recordarlo todavía? Pues se han conmovido mis entrañas por él; ternura (compasión/misericordia) no ha de faltarme, oráculo del Señor” (*Jeremías 31,20*).
- חסד / *hesed* que es un término, en cierto sentido, muy semejante al anterior, pero apuntando menos a un sentimiento

fuerte y espontáneo, e indicando con más fuerza que se trata de un sentimiento que nace de una deliberación, de una razón, de la fidelidad a un compromiso asumido. *Hesed* señala los comportamientos que están conformes con la alianza, que van desde la fidelidad al compromiso asumido hasta la bondad, la gracia y la misericordia que resultan de esa misma fidelidad. *Hesed* es la fidelidad a los compromisos contraídos, y finalmente, también a uno mismo. Se entiende la misericordia, no a partir de sentimientos más o menos espontáneos y viscerales, sino como la fidelidad de Dios a la alianza, y como los comportamientos humanos adecuados a esa misma alianza. El concepto adquiere un cierto matiz jurídico, que en algunos textos lo acerca al tema de la justicia. Sirve para señalar la fidelidad que mutuamente se merecen esposo y esposa, padres e hijos, el gobernante y su pueblo. Y por sobre todo apunta a la fidelidad de Dios por su pueblo, muchas veces entendida en clave sponsal. Es frecuente que ambos términos, *rahamin* y *hesed*, aparezcan unidos y con sentidos muy semejantes.³ Un texto emblemático para estos conceptos es *Oseas 2,21-22*: son palabras de alegría puestas en boca del esposo traicionado, que representa a Dios, que acaba de recuperar el amor de su esposa que le ha sido infiel: “Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en ternura (*rahamin*) y en fidelidad

³ Una sugerente distinción de ambos términos es la siguiente: “El segundo vocablo, que en la terminología del Antiguo Testamento sirve para definir la misericordia, es *rahamim*. Este tiene un matiz distinto del *hesed*. Mientras éste pone en evidencia los caracteres de la fidelidad hacia sí mismo y de la “responsabilidad del propio amor” (que son caracteres en cierto modo masculinos), *rahamin*, ya en su raíz, denota el amor de la madre (*rehem* = regazo materno). Desde el vínculo más profundo y originario, mejor, desde la unidad que liga a la madre con el niño, brota una relación particular con él, un amor particular. Se puede decir que este amor es totalmente gratuito, no fruto de mérito, y que bajo este aspecto constituye una necesidad interior: es una exigencia del corazón. Es una variante casi “femenina” de la fidelidad masculina a sí mismo, expresada en el *hesed*. Sobre ese trasfondo psicológico, *rahamim* engendra una escala de sentimientos, entre los que están la bondad y la ternura, la paciencia y la comprensión, es decir, la disposición a perdonar”. JUAN PABLO II *Dives in misericordia*, nota 52.

(*hesed*), te desposaré conmigo en fidelidad (*emunah*), y tú conocerás al Señor". En una línea semejante podemos recordar las palabras puesta en boca de Dios por el segundo Isaías, al terminar el exilio en Babilonia, y dirigidas al pueblo que ha sufrido tan duro castigo: "En un arranque de furor te oculté mi rostro por un instante, pero con amor (*hesed*) eterno te he compadecido, dice el Señor tu redentor (*goel*)" (*Isaías* 54,8).

Estos dos sustantivos marcan el eje del tema teológico de la misericordia. También se usan algunos verbos (tales como *hanan*, *hamal* y *hus*) que tienen un sentido genérico de "ser clemente", de "compadecerse", de "perdonar", de "conmoverse".⁴ Son usados en los más variados contextos, sin una especial carga teológica. Abundan los usos en contextos de violencia y guerra.

4. El lenguaje del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento expresó esta temática valiéndose principalmente de los términos usados por la traducción griega del Antiguo Testamento, conocida como los LXX, más que de términos pertenecientes a la tradición cultural del helenismo. En el Nuevo Testa-

⁴ Una buena síntesis del lenguaje veterotestamentario: «heredamos del Antiguo Testamento no solamente la riqueza de las expresiones usadas por aquellos libros para definir la misericordia divina, sino también una específica, obviamente antropomórfica "psicología" de Dios: la palpitante imagen de su amor, que en contacto con el mal y en particular, con el pecado del hombre y del pueblo, se manifiesta como misericordia. Esa imagen está compuesta, además del contenido más bien general del verbo *hanan*, también por el contenido de *hesed* y por el de *rahamim*. El término *hanan* expresa un concepto más amplio; significa, en efecto, la manifestación de la gracia, que comporta, por así decir, una constante predisposición magnánima, benévola y clemente. Además de estos elementos semánticos fundamentales, el concepto de misericordia en el Antiguo Testamento está compuesto también por lo que encierra el verbo *hamal*, que literalmente significa "perdonar (al enemigo vencido)", pero también "manifestar piedad y compasión" y, como consecuencia, perdón y remisión de la culpa. También el término *hus* expresa piedad y compasión, pero sobre todo en sentido afectivo. Estos términos aparecen en los textos bíblicos más raramente para indicar la misericordia. Además, conviene destacar el ya recordado vocablo *emet*, que significa en primer lugar "solidez, seguridad" (en el griego de los LXX: "verdad") y, en segundo lugar, "fidelidad", y en ese sentido parece relacionarse con el contenido semántico propio del término *hesed*». JUAN PABLO II *Dives in misericordia*, nota 52.

mento hay tres familias de palabras para expresar la temática de la misericordia:

- a) El lenguaje más usado es el sustantivo ἔλεος / *éleos* que significa misericordia, compasión piedad (27 usos en el NT). Y una familia de palabras vinculadas a este término: el verbo ἔλεεω / *éleo* (variante: ἔλεαω / *éleo*): apiadarse, compadecerse (29 y 3 usos en el NT); los adjetivos ἔλεινος / *eleinós*: digno de lástima, desdichado (2 usos en el NT), y ἔλεμων / *eleemon*: misericordioso, compasivo (2 usos en el NT); y el sustantivo ἔλεημοσύνη / *eleemosýne*: limosna (13 usos en el NT). La traducción de los LXX usa este vocabulario para traducir el término *hesed*. En lo fundamental, todos estos términos expresan «la emoción provocada por las aflicciones inmerecidas de los demás, y que contiene un elemento de temor así como de misericordia».⁵
- b) El segundo grupo de términos es el sustantivo οἰκτιρμός / *oiktirmós*: misericordia, compasión (5 usos en el NT); el verbo οἰκτιρῶ / *oiktíro*: tener compasión (2 usos en el NT); y el adjetivo οἰκτιρῶν / *oiktírmon*: compasivo, misericordioso (3 usos en el NT). En los LXX es usado para traducir diversos términos, entre ellos *rahamin*.⁶ Esta familia de palabras tiene un sentido bastante semejante a las del grupo anterior, aunque poniendo un poco más de énfasis en la exteriorización de la compasión frente al infortunio de otro.
- c) La tercera familia de palabras es una traducción literal del hebreo *rahamin*, las entrañas, el seno materno. Tenemos el sustantivo σπλαγχνα / *splangna*: entrañas (en plural), seno materno, amor entrañable (11 usos en el NT); en verbo σπλαγχνίζομαι / *splangnízomai*: compadecerse, tener lástima (12 usos en el NT); y los adjetivos

⁵ Según la célebre descripción de RUDOLF BULTMANN en KITTEL, GERHARD & FRIEDRICH, GERHARD & BROMILEY, GEOFFREY W. (eds.) *Compendio del Diccionario Teológico del NT*. Grand Rapids (MI): Libros Desafío 2002, p. 178.

⁶ Por ejemplo, en *Isaías* 16,5; 63,7; *Oseas* 2,21; *Zacarías* 7,9.

πολυπλαγνος / *polýsplangnos*: muy compasivo (1 uso en el NT), y ευσπλαγχνος / *éusplangnos*: compasivo, caritativo (2 usos en el NT). Este conjunto de palabras tiene una fuerte carga teológica en el Nuevo Testamento y es usada en aquellos textos que expresan lo más novedoso del mensaje neotestamentario.

5. La misericordia en el Antiguo Testamento

Con enorme frecuencia se escucha decir que el Dios del Antiguo Testamento es un Dios terrible, y en cambio, el Dios del Nuevo Testamento, especialmente el de los evangelios, es un Dios misericordioso. Esta dicotomía, que viene planteándose desde los primeros siglos del cristianismo (es la herejía de Marción, en el siglo segundo), impide entender apropiadamente tanto la imagen de Dios ofrecida por el Antiguo Testamento como la ofrecida por el Nuevo Testamento. Atendamos un poco mejor al mensaje veterotestamentario.

Para entender correctamente al Dios del Sinaí, es fundamental prestar atención a la auto-presentación de Dios a Moisés, en la cumbre del monte. El Dios de la alianza, el Dios de los mandamientos, es el Dios que se presenta a sí mismo diciendo: “Yahveh, Yahveh, Dios misericordioso (*rahum*) y clemente, tardo a la cólera y rico en amor (*emet*) y fidelidad (*hesed*), que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la inequidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; castiga la culpa de los padres en los hijos y en los nietos hasta la tercera y cuarta generación” (*Éxodo 34,6-7*).⁷ El texto hace presente la imagen de un Dios de amor, con un amor entrañable,

⁷ En primer párrafo de la *Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia* se articula muy bien la dinámica existente entre ambos testamentos: “El Padre, “rico de misericordia” (*Ef 2,4*), después de haber revelado su nombre a Moisés como “Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad” (*Ex 34,6*) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina. En la “plenitud del tiempo” (*Gal 4,4*), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor”. FRANCISCO *Misericordiae cultus*, 1.

pero por sobre todo fiel. Fiel a la alianza prometida, y por lo mismo capaz de perdonar toda inequidad, rebeldía y pecado.⁸ Pero un rasgo muy propio de este Dios veterotestamentario es su amor fiel que perdona el pecado, pero no lo deja pasar impunemente. Es el amor de un padre/pedagogo, que se conmueve lleno de ternura por las faltas de sus hijos, pero al mismo tiempo se empeña en corregirlos, en enseñarles el camino de la vida. Estamos ante una hermosísima presentación de Dios, aunque nos moleste el lenguaje de la vieja pedagogía que habla de la corrección como “castigo”;⁹ y también nos cuesta entender el lenguaje de la antigua solidaridad tribal para la cual las culpas de cada uno repercuten en todos los demás; y por lo mismo son premiadas o corregidas de generación en generación. El lenguaje no es el nuestro, pero las afirmaciones son muy válidas, y nada tienen que ver con la imagen de un Dios arbitrario, violento o vengativo.

Un rasgo de Dios que Israel admiró profundamente es su amor perseverante, pese a todas las rebeldías del pueblo. Es un amor que cruza los umbrales del conflicto y se mantiene siempre fiel. El Salmo 136, conocido como el “*gran Hallel*”, repasa toda la historia de Israel, repitiendo después de cada verso, en 26 oportunidades, “porque eterno es su amor”, para explicar cada etapa de la propia historia desde la experiencia del amor fiel; concluyendo con una importante profesión de fe: “¡Dad gracias al Dios de los cielos, porque es eterno su amor!” (*Salmo 136,26*). Lo mismo hace el más breve de los salmos, el 117, poniendo en paralelo la misericordia y la fidelidad de Dios: “¡Alabad al Señor todas las naciones, ensalzadlo todos los pueblos! Porque firme es su amor por nosotros, la fidelidad (*hesed*) del Señor

⁸ Como señala el papa Francisco: “La misericordia de Dios es su responsabilidad por nosotros. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos”. FRANCISCO *Misericordiae vultus*, 9.

⁹ Sobre el tema del “castigo” como expresión del amor paternal de Dios ver: *Hebreos 12,5-15; Apocalipsis 3,14; Proverbios 3,11-12; 2 Corintios 7,8-11*. Es un tema importante para no hacer del amor de Dios un tema dulzón y permisivo; finalmente una actitud no formativa y corruptora.

dura para siempre” (*Salmo* 117,1-2).¹⁰ El profeta Isaías llega a una formulación más extrema para señalar la fidelidad del amor de Dios, haciéndose eco del lenguaje del amor entrañable (*rahamim*): “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque esas [las entrañas] llegasen a olvidar, yo no te olvido” (*Isaías* 49,15).

Simplificando un poco las cosas, podemos caracterizar el amor de Dios en el Antiguo Testamento haciendo referencia a tres dimensiones:

- a) Es un amor por todas las creaturas, ligado a la omnipotencia divina y a su condición de creador de todo lo existente, como señalan los textos más tardíos. Un clásico al respecto es un pasaje del libro de la Sabiduría, el más tardío del Antiguo Testamento: “Tú siempre puedes utilizar tu poder. ¿Quién va a resistir la fuerza de tu brazo? El mundo entero es ante ti como un grano en la balanza, como una gota de rocío matutino sobre la tierra. Pero te compadeces de todos porque todo lo puedes, y pasas por alto los pecados de los hombres para que se arrepientan. Amas a todos los seres, y no aborreces nada de lo que hiciste; pues si algo odiases, no lo habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo si tú no lo quisieras? ¿Cómo se conservaría si no lo hubieras llamado? Pero tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas. Señor, amigo de la vida, pues tu aliento incorruptible está en todas ellas” (*Sabiduría* 11,21 – 12,1). Es teológicamente muy interesante el nexo que el texto establece entre la omnipotencia de Dios y su capacidad de un amor inmenso y sanador. Dios ama porque es poderoso, tan poderoso que incluso es capaz de amar al pecador con un amor que lo redime. El autor sapiencial ve en este rasgo uno de los elementos característicos del ser de Dios: “La misericordia del hombre solo

¹⁰ Sobre la permanencia y fidelidad del amor de Dios ver además: *Números* 14,18; *Salmo* 86,15; 103,8-14; 116,5-6; 145,8-8; *Joel* 2,13; *Jonás* 4,2; etc.

alcanza a su prójimo, la misericordia del Señor se extiende a todo el mundo. Él reprende, adoctrina, enseña y guía como un pastor a su rebaño” (*Sirácida/Eclesiástico* 18,13).

b) Es un amor de predilección por su pueblo elegido, con el cual ha realizado una *Alianza*. La alianza es una categoría central de la teología veterotestamentaria. Para que articule bien el conjunto del Antiguo Testamento, es indispensable no entender la Alianza como un compromiso entre iguales, en el cual cada uno aportaría una parte en vistas de un pacto que sería igualmente beneficioso para ambos. Sino que es necesario entenderla como un compromiso solemne mediante el cual Dios asume, por sí y ante sí, el compromiso solemne de hacer de Israel un pueblo de su propiedad; un pueblo que lo conozca y lo ame. El contenido de este compromiso, el Antiguo Testamento lo resume en la célebre fórmula de la Alianza: “Yo seré su Dios, y ustedes serán mi pueblo”.¹¹ Este compromiso de la alianza es el que fundamenta el amor perseverante de Dios por su pueblo. Las infidelidades del pueblo no son una «ruptura de la Alianza», sino un acicate para el amor de Dios, que debe buscar caminos nuevos para suscitar en su pueblo la esperada respuesta de amor y fe.¹² El amor de Dios es visto como un amor paternal, educador, crecedor. La imagen esponsal usada por el profeta Oseas para dar cuenta del estilo del amor de Dios es un texto clásico; Dios es el esposo fiel que en vez de repudiarla sigue amando a la esposa infiel, hasta que logra hacerla volver a él, con un amor renovado y ahondado (cf. *Oseas* 2,1-25; además *Isaías* 54,5-7). El amor de Dios por su pueblo es un amor que hace historia, es un amor interesado en el bien del amado, para hacerlo crecer. Por lo mismo es que puede ser caracterizado como un

¹¹ Ver: *Éxodo* 6,7; *Levítico* 26,12; *Jeremías* 7,23; 24,7; 30,22; 31,1,33; 32,38; *Ezequiel* 11,20; 36,28; *Oseas* 2,23; *Zacarías* 13,9.

¹² Como señalará el Nuevo Testamento, “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (*Juan* 3,16). Porque “si somos infieles, él [Dios] permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo” (2 *Timoteo* 2,13).

amor fiel y eterno. Como sintetiza el profeta Jeremías: “Con amor eterno te he amado, por eso he reservado gracia para ti” (*Jeremías* 31,3).

- c) En correlación con las dimensiones anteriores, se entiende fácilmente que el amor de Dios sea un amor de predilección por los pecadores. Los rebeldes son los que concentran su atención y su amor; los que requieren de mayor atención y compromiso para poder salir adelante; los que concentran el don del amor de Dios. Porque, como no se cansa de repetir el profeta Ezequiel desde el exilio en Babilona: Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. *Ezequiel* 18,21-23; 33,11). El Señor siempre tendrá compasión del pecador, de todos los pecadores, es el mensaje clave de los profetas (cf. *Isaías* 55,7).

6. La misericordia en el Nuevo Testamento

Para estudiar la mirada que el Nuevo Testamento tiene de la misericordia, comenzaremos revisando el uso del sustantivo *ἔλεος* / *éleos* y otros términos de la misma raíz. Por razones de brevedad, pero también de importancia de los textos, atenderemos solo al uso de los términos en los evangelios.¹³

El primer lugar, este término es usado en el contexto del clamor de quienes se acercan a Jesús implorando de él algún tipo de favor. “¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!”, clama dos veces el ciego de Jericó (*Marcos* 10,47.48 // *Mateo* 20,30.31 // *Lucas* 18,38.39; lo mismo claman los ciegos de *Mateo* 9,37). La mujer cananea que si-

¹³ Cabe anotar que todos estos términos están ausentes en Juan. En San Pablo este vocabulario es usado en primer lugar para referirse a la acción de Dios (*Romanos* 9,14-24; 11,30-32; 15,9; *1 Corintios* 7,25; *2 Corintios* 4,1; *Efesios* 2,4; *Filipenses* 2,27; *1 Timoteo* 1,2.13; *2 Timoteo* 1,2.16.18; *Tito* 3,5; *Hebreos* 4,16); y secundariamente, es usado para exhortar a un comportamiento ético (*Romanos* 12,8; *Gálatas* 6,16). Lo mismo vale para los textos del resto del Nuevo Testamento: acción de Dios (*1 Pedro* 1,3; 2,10; *Judas* 22; *2 Juan* 3) y comportamiento ético (*Santiago* 2,13; 3,17).

gue a Jesús clama de un modo semejante: “¡Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David!” (*Mateo* 15,22). El padre de un niño endemoniado se acerca a Jesús clamando: “¡Señor, ten piedad de mi hijo, está enfermo y sufre mucho!” (*Mateo* 17,15). Los leprosos que van al encuentro de Jesús, claman: “¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!” (*Lucas* 17,19). Desde el infierno, el rico condenado por no haber tenido compasión del pobre Lázaro sentado a la puerta de su casa clama: “Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua” (*Lucas* 16,24). Los sufrientes, los desamparados, los enfermos, los poseídos por malos espíritus claman implorando misericordia para sí y para los suyos. De Jesús esperan una respuesta misericordiosa.

En directa relación con el uso recién descrito, surge un segundo ámbito de uso en el contexto de una mirada retrospectiva de la propia vida que permite reconocer las «misericordias de Dios» obradas en la propia vida o historia. Jesús dice al endemoniado de Gerasa, que en gratitud por haberlo sanado quiere unirse al grupo de discípulos que acompaña a Jesús: “Vete a tu casa, con los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti” (*Marcos* 5,19). El evangelio de la infancia, en san Lucas, revisa la historia de la salvación insistiendo varias veces en el tema de la misericordia. En primer lugar, en el cántico del Magnificat, María dice, citando textos del Antiguo Testamento: “su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen ... Acogió [Dios] a Israel su siervo, acordándose de su misericordia” (*Lucas* 1,50-54). El nacimiento del Bautista es celebrado como una acción misericordiosa de Dios en favor de Isabel: “Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia, y se congratulaban con ella” (*Lucas* 1,58). Y luego, el cántico de Zacarías celebra que Dios nos salvará de los enemigos “teniendo misericordia con nuestros padres”, y el Mesías es anunciado como un regalo de “las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de

lo alto..." (*Lucas 1,72-78*). En estos textos tan cercanos al lenguaje del Antiguo Testamento la misericordia es interpretada como la fidelidad de Dios, que nos ha acompañado a lo largo de toda la vida. Una mirada de fe permite reconocer que en la propia vida Dios ha estado siempre a nuestro lado, cumpliendo fielmente su palabra.

Un tercer contexto de uso de estos términos es en la polémica anti-farisea. Jesús hace una lectura del Antiguo Testamento en el cual la misericordia ocupa un lugar central. Los fariseos, en cambio han sistematizado las enseñanzas veterotestamentarias en una multitud de normas. Quizá cada una de ellas es correcta, pero el conjunto no logra dar cuenta de lo más hondo del mensaje; se queda en la superficie del mismo. Y de paso esta multitud de normas introduce en la lógica del cumplimiento y de la auto-justificación por el cumplimiento. En este contexto resulta trasparente la condena de Jesús a los fariseos: "¡Hay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que pagan el diezmo de la menta, del anís y del comino, y descuidan lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe!" (*Mateo 23,23*). Dos textos propios del evangelista san Mateo que son muy impresionantes en este punto, hacen una síntesis del Antiguo Testamento poniendo como eje el texto de *Oseas 6,6*: "Porque yo quiero misericordia, no sacrificios; amor de Dios, más que holocaustos". Ambos usos son en contexto polémico. El primero de ellos como respuesta a la crítica de los fariseos por compartir la mesa con publicanos y pecadores: al oír las críticas, Jesús les dijo "No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal. Vayan, pues, a aprender qué significa *Misericordia quiero, que no sacrificio*. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores" (*Mateo 9,12-13*). La segunda polémica, se da en el contexto de las críticas recibidas porque los discípulos al cruzar un triguero, en un día de sábado, han arrancado espigas y se las han comido, transgrediendo el sábado; Jesús respondió diciendo: "Si ustedes hubieran comprendido lo que significa *Misericordia quiero, que no sacrificio*, no condenarían a los que no

tienen culpa. Porque el Hijo del hombre es señor del sábado” (*Mateo* 12,7). Así, podemos afirmar, que la misericordia es una clave interpretativa para calibrar la verdadera importancia de los distintos preceptos cristianos. Es un principio hermenéutico fundamental.¹⁴

Finalmente, podemos aludir a algunos textos en los cuales se da a la misericordia una importancia especial, que conlleva una fuerte carga ética. En primer lugar, se debe recordar la bienaventuranza propia de Mateo: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (*Mateo* 5,7). En la parábola del buen samaritano la misericordia es el criterio que permite reconocer quien se ha hecho prójimo de otro: “el que practicó la misericordia con él” (*Lucas* 10,37). Y en sentido contrario, en la parábola del servidor perdonado que no supo perdonar es el gran criterio para condenarlo: el rey dice al mal servidor: “¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?” (*Mateo* 18,33). La soberanía misericordiosa de Dios quiere encontrar respuesta en una solidaridad concreta por los hermanos, no en el simple cumplimiento de ritos y prácticas, como están enseñando los fariseos.¹⁵

¹⁴ Ver el capítulo titulado «Desde el corazón del evangelio» en *Evangelii gaudium*, 34-39. Allí desarrolla la afirmación del Concilio: “hay un orden o “jerarquía” en las verdades en la doctrina católica, por ser diversa su conexión con el fundamento de la fe cristiana” (Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 11). Como señala Santo Tomás de Aquino: “En sí misma la misericordia es la más grande de las virtudes, ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aún, socorrer sus deficiencias. Esto es peculiar del superior, y por eso se tiene como propio de Dios tener misericordia, en la cual resplandece su omnipotencia de modo máximo” (*Summa Theologiae* II-II, q. 30, art. 4). Citado en FRANCISCO *Evangelii gaudium* 37.

¹⁵ En el mismo horizonte de pensamiento se sitúa en texto de *Lucas* 3,36-38, único uso evangélico del término οἰκτιρῶν / *oiktírmon* = «misericordioso», y toda esa raíz. “Lo que hagamos con los demás tiene una dimensión trascendente ... y responde a la misericordia divina con nosotros: “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará [...] Con la medida con que midáis, se os medirá” (*Lc* 6,36-38). Lo que expresan estos textos es la absoluta prioridad de la “salida de sí hacia el hermano” como uno de los dos mandamientos principales que fundan toda norma moral y como el signo más claro para discernir acerca del camino de crecimiento espiritual en respuesta a la donación absolutamente gratuita de Dios”. FRANCISCO *Evangelii gaudium* 179.

Cabe anotar que la palabra ἑλεημοσύνη / *eleemosýne* significa “limosna”. Con esto se sugiere que la compasión es más que un mero sentimiento; se trata de algo práctico, que debe ser hecho con corazón limpio de todo afán de ostentación (*Mateo* 1,1-4; ver además *Lucas* 11,41; 12,33).¹⁶

Saliéndonos del ámbito de los evangelios, cabe señalar el interesante uso de estos términos que hace la carta a los Hebreos al poner el tema de la misericordia como elemento característico del sumo sacerdocio de Jesús: “Tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos para ser un sumo sacerdote misericordioso (ἐλεημων) y fiel/confiable (πιστος) en lo que toca a Dios, y expiar los pecados del pueblo” (*Hebreos* 2,17). Y vuelve al tema un poco más adelante: “Pues no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse (συμπαθεω) de nuestras flaquezas, ya que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia (ἐλεος) y encontrar el favor de un auxilio oportuno” (*Hebreos* 4,15-16). La pista que señalan estos textos es vital: la solidaridad con otros, el camino de la encarnación son los únicos capaces de enseñar a tener un corazón misericordioso, que haga al discípulo una persona confiable para otros.

7. Entrañas de misericordia, como Jesús

Hemos analizado el vocabulario de la misericordia que tiene que ver con la raíz ἔλεος / *éleos*, que habitualmente es traducción del hebreo *hesed*. Allí la referencia fundamental es al amor de Dios, entendido como un amor de fidelidad a todas sus creaturas; y a partir de él surge el desafío del amor y fidelidad que nos debemos unos a otros. Pero el lenguaje de la misericordia adquiere su mayor hondura

¹⁶ Es digno de notar el episodio del paralítico que pide limosna en la puerta del Templo, al cual Pedro responde que no posee oro ni plata para darle, pero sí tiene el poder de sanarlo en el nombre de Jesucristo (*Hechos* 3,1-10).

ra cuando se expresa con el lenguaje visceral de las entrañas femeninas (σπλαγνα / *splángna*)¹⁷ y del verbo «compadecerse» entendido como un «conmoverse las entrañas» (σπλαγνίζομαι / *splangnízomai*),¹⁸ que traducen la expresión hebrea de *rahamim*.

El verbo “conmoverse las entrañas” es usado por los evangelios para referirse a la razón profunda que mueve a Jesús a actuar en dos circunstancias bien precisas:

- Las entrañas de Jesús se conmueven ante el sufrimiento humano. En Naín, se conmueve ante el dolor mudo de una madre viuda que va a enterrar a su hijo único (*Lucas 7,13*). En Jericó, Jesús se conmueve ante la sinceridad de los dos ciegos a los cuales ha preguntado “qué quieren que haga por ustedes”, y que han respondido sin vacilar: “¡Señor, que se abran nuestros ojos!” (*Mateo 20,34*). Se conmueve ante la humilde súplica del leproso que clama: “Si quieres, puedes limpiarme” (*Marcos 1,41*).¹⁹ Estamos frente a una reacción visceral de Jesús ante el sufrimiento humano; ante el sufrimiento concreto, personal.²⁰
- Jesús también se siente movido a compasión frente a las multitudes, al gentío informe y anónimo, que el Nuevo Testamento llama οἱ πολλοί / *óíloi*. No es una compasión que lo mueva

¹⁷ El único lugar en los evangelios en el cual se usa este término es en *Lucas 1,78*. Todo este vocabulario está ausente en Juan. Algunas referencias al uso de este término fuera de los evangelios. En *Hechos 1,18* tiene un sentido puramente físico, en referencia al suicidio de Judas. En primer lugar, es usado para expresar los sentimientos del apóstol Pablo o de algunos de sus colaboradores por aquellos a quienes sirven en la misión (*2 Corintios 6,12; 7,15; Filipenses 1,8; Filemón 7; 12*); se trata de un lenguaje simbólico que frecuentemente es traducido por palabras como corazón, cariño, afecto mutuo. Y a partir de este uso básico surge la exhortación ética para el pueblo de Dios (*Filipenses 2,1; Colosenses 3,12*; y también *1 Juan 3,17*).

¹⁸ Este verbo, el de mayores connotaciones teológicas, es usado solo por los evangelios sinópticos.

¹⁹ Hay un problema de crítica textual respecto de esta palabra. Algunos manuscritos leen «encolerizado», en vez de “compadecido”, que podría considerarse como la *lectio difficilior*.

²⁰ “Vale decir que se trata realmente de un amor visceral. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón”. FRANCISCO *Misericordiae vultus* 6.

a acciones sanadoras, sino, en alguna medida, a hacerse cargo de la condición de esa masa anónima. Los textos son transparentes: “Al desembarcar vio tanta gente que sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas” (*Marcos 6,34 // Mateo 14,14*). Junto a la enseñanza, la conmoción interior lo lleva a procurarles alimento para que no desfallezcan: “Por aquellos días, en vista de la gran cantidad de gente que volvió a reunirse, y no teniendo qué comer, llamó Jesús a sus discípulos y les dijo: Siento compasión de esta gente, porque hace ya tres días que están aquí conmigo y no tienen qué comer. Si los despidió en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos han venido de lejos” (*Marcos 8,2 // Mateo 15,32*). El evangelista Mateo ofrece un interesante texto en el cual sintetiza esta dimensión del actuar de Jesús: “Al ver tanta gente, sintió compasión de ellos, porque estaban vejados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor” (*Mateo 9,36*). Este uso del lenguaje nos pone ante lo que hoy podríamos calificar como la dimensión social de la misericordia, que conlleva la necesidad de mirar con cariño la necesidad y los desconciertos de la multitud anónima y elemental.

El uso de este verbo, y de este lenguaje de la conmoción de las entrañas, encuentra su mejor expresión en el contexto de tres grandes parábolas de la misericordia. En ellas el que se conmueve es siempre el personaje que representa a Jesús, el actuar de Dios. Tal como los textos anteriores, aquí se nos habla de las “entrañas misericordiosas” de Dios (cf. *Lucas 1,78*), que nos desafían a un nuevo modo de vivir. La referencia a estas parábolas nos puede ayudar a sintetizar el planteamiento bíblico sobre la misericordia.

La primera parábola es la conocida habitualmente como parábola del hijo pródigo (*Lucas 15,11-32*). La narración habla de un padre que

tiene dos hijos; uno que se porta bien y otro que se porta mal. El padre los quiere a ambos, pero sus entrañas se conmueven al ver volver a casa al hijo que estaba perdido: “Estando él [el hijo menor] todavía lejos, lo vio su padre y se conmovió; corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente” (*Lucas* 15,20). Pero el dolor del padre no concluye con el retorno del hijo perdido; el hermano mayor se siente ofendido por la acogida ofrecida al pecador, siente que lo están “mirando en menos”, que le están quitando sus privilegios (cf. *Lucas* 15,28). La parábola enfrenta el rechazo que suscita en el hijo mayor la acción misericordiosa del padre: ¿Es legítimo recibir con fiestas y celebraciones al que ha actuado mal? ¿Acaso no se están lesionando los derechos de los «buenos» al acoger de este modo a los “malos”? La dificultad del hermano mayor es que no logra reconocer el amor entrañable del padre por su hijo perdido y recuperado; ni tampoco es capaz de sentir la alegría por el hermano recuperado, como le argumenta el Padre (cf. *Lucas* 15,30 en correlación con 15,32). La misericordia molesta, porque aparece como injusta a los ojos de los bien pensantes. No es Dios quien tiene dificultad para ser misericordioso, somos los creyentes los que no logramos superar el desconcierto y la desazón que nos provoca la acción misericordiosa de Dios.

La segunda parábola es la del siervo perdonado que no fue capaz de perdonar la deuda de su compañero (*Mateo* 18,23-35). El relato parábólico habla de un hombre, servidor de un rey, que tenía una deuda enorme, equivalente al sueldo de 60 millones de días de trabajo (es decir, 60 millones de denarios). El hombre ilusamente pide un plazo para «pagarlo todo»; pero en vez de exigir el pago “conmovido en sus entrañas el señor de aquel servidor le perdonó la deuda” (*Mateo* 18,27). Estamos ante una imagen que, de modo bastante explícito, hace referencia a la situación del creyente en relación con su Señor: todos hemos sido perdonados, salvados, por la misericordia de Dios. El relato continúa señalando que al salir de la audiencia real el recién perdonado se encontró con un con-siervo que le debía el valor de 100

días de trabajo. El consero también suplicó clemencia, pero su compañero, exigiendo el justo pago de su deuda lo envió a la cárcel hasta que pagase lo que debía. Los compañeros de ambos van a contar al rey lo sucedido, y este manda llamar al que ha recibido el perdón y lo increpa: “¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, como yo me compadecí de ti?” (*Mateo 18,33*). La actitud del rey cambia, y ahora encolerizado lo manda a la cárcel. A primera vista podría interpretarse como si el rey “le quitara” el perdón otorgado. Pero también cabe leerlo atendiendo a que el modo de actuar del siervo está poniendo en evidencia que se ha resistido a acoger el perdón recibido; que en verdad no ha creído en él, y se mantiene apegado al principio de cobrar las deudas. De otro modo, ¿cómo se entiende que aquel a quien le han sido perdonados 60 millones no sea capaz de perdonar 100? La narración parabólica apunta a que tenemos una dificultad enorme para creer de verdad en el amor misericordioso y gratuito de Dios. En la relación con Dios y con los hermanos no logramos escapar de la lógica del mérito y de la deuda, del haber y del deber, la lógica del mercado. Y por lo mismo, no logramos entrar en un nuevo estilo de vida marcado por la misericordia; por la misericordia de Dios recibida y acogida en su lógica de gratuidad.

La tercera parábola es la del buen samaritano (*Lucas 10,25-37*). La conocemos bien, pero quiero invitarlos a superar la lectura simplista actualmente en boga, que nos llama a «ser buenos samaritanos», es decir, sanos y buenos que ayudan a los desvalidos, para recuperar la lectura tradicional de la Iglesia, de mucho mayor hondura. La interpretación casi exclusiva por 19 siglos fue la propuesta de leer la parábola identificándose con el herido (no con el samaritano) abandonado al borde del camino, que habiendo perdido la esperanza de ser auxiliado por los suyos, ha sido acogido por Jesús, buen samaritano. Porque el samaritano “al verlo se conmovió en sus entrañas” (*Lucas 10,33*). El relato parabólico es respuesta a la pregunta de un maestro de la Ley inquieto por saber “¿quién es mi prójimo?” (*Lu-*

cas 10,29). Jesús no le responde de modo teórico, sino por medio de la narración parabólica: imagínate que vas de camino, te asaltan y quedas mal herido. Nadie de los tuyos te socorre y se acerca tu enemigo (el no-prójimo para un judío), ¿acaso no estarías rogando en tu interior que se olvide de las distancias entre ambos y te socorra? La misericordia se aprende en las experiencias de fragilidad, de desvalimiento, de necesidad imperiosa. El sufrimiento personal, o grupal, es la más calificada escuela para aprender de verdad qué significa misericordia. Es el dolor personalmente asumido y puesto en contacto con Cristo el que nos enseña a acercarnos al dolor de otros con entrañas de misericordia. Si somos poco misericordiosos es porque tratamos de actuar desde nuestras capacidades y fortalezas, y resultamos siendo atropelladores y avasalladores. Cuando aprendamos a actuar misericordiosamente desde nuestras fragilidades y pecados, podremos acercarnos a los necesitados de misericordia con la delicadeza de los pobres y sufrientes.²¹ La parábola no quiere exhortarnos a “ser buenos samaritanos” sino a perder el miedo frente a nuestras heridas, ya que ellas serán cuidadas por Jesús, buen samaritano, enseñándonos a reconocer en todo pecador y sufriente alguien realmente semejante a mí en su fragilidad; enseñándonos a reconocerlo y amarlo como mi prójimo.

8. Síntesis final

Este largo recorrido por la Sagrada Escritura preguntándonos por el tema de la misericordia, nos ha permitido entender que ella es por sobre todo un rasgo propio del actuar de Dios. Al punto que

²¹ “A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo”. FRANCISCO *Evangelii gaudium*, 270.

siempre que hablan de las “conmoción de las entrañas” los evangelios la refrieren a Jesús. Un punto crucial es que no se nos pide ser misericordiosos para ganar el favor de Dios. Por el contrario, se nos señala que Dios nos regala su perdón gratuita e inmerecidamente, incluso si nuestras deudas son enormes. Lo que sí se nos pide es que acojamos la misericordia de Dios y nos dejemos transformar por ella; que rompamos la lógica del mercado y entremos en un nuevo estilo de relaciones; que aprendamos a ver la vida desde los ojos de los que yacen botados al borde de los caminos de la vida, y desde allí aprendamos que en la real necesidad cada hombre y cada mujer son mi hermano, que me dan mucho y a quienes puedo dar mucho. Nuestro actuar misericordioso será el signo de que en verdad hemos creído en el amor que Dios nos tiene.

Las parábolas nos han señalado que no es fácil ser misericordiosos. Nos enredamos en equívocos criterios de justicia, que nos impiden alegrarnos por el retorno del hermano perdido. Con mucha frecuencia nos asusta el don gratuito de Dios y no estamos dispuestos a abandonar la conocida lógica del mercado, por más que tengamos que cargar con enormes deudas. Le tenemos mucho miedo a nuestras fragilidades y errores, por lo que intentamos esconderlos, sin reconocer que puestos junto a Jesús son el camino privilegiado para aprender misericordia. El camino de la misericordia es hermoso y a la vez complejo, porque la misericordia cristiana es mucho más que la simple benevolencia, es más que la filantropía, y ciertamente no es un laxismo permisivo. Es una experiencia de fe del que ha permitido que el amor de Dios haga nuevo su corazón, introduciéndolo en la lógica del amor de Dios.

Dr. Eduardo Pérez-Cotapos Larraín

Profesor Asociado Facultad Teología
Pontificia Universidad Católica de Chile

eperezco@uc.cl

BIBLIOGRAFÍA

Balz, Horst Robert y Gerhard Schneider, (eds.). *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*. Salamanca: Sígueme, 2005. 2 t.

Coenen, Lothar y Erich Beyreuther y Hans Bietenhard, (eds.). *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*. Salamanca: Sígueme, 1983-1985. 4 t.

Francisco. *Exhortación Apostólica Evangelii gaudium*. s.p., 2013.

Francisco. *Misericordiae vultus. Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia*. s.p., 2015.

Juan Pablo II. *Carta Encíclica Dives in misericordia*. s.p., 1980.

Kittel, Gerhard y Gerhard Friedrich y Geoffrey W. Bromiley, (eds.). *Compendio del Diccionario Teológico del NT*. Grand Rapids (MI): Libros Desafío 2002: 1.120.

Léon-Dufour, Xavier. *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona: Herder, 1977. 974.

Pikaza, Xabier. *Diccionario de la Biblia*. Estella: Verbo Divino, 2007. 1.112.

Rossano, Pietro y Gianfranco Ravasi y Antonio Girlanda, (eds.) *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*. Madrid: Paulinas, 1990. 2.027.